

# D

## DOSSIER

Taller / Oficina:

Lugar, Agentes, Producción

Editor invitado: Claudio Palavecino

## Taller / Oficina: Lugar, Agentes, Producción

### Claudio Palavecino

En cuanto disciplina, la arquitectura ha construido en gran medida su acervo cultural a partir de conceptos o ideas que pueden ser reconocidas con un cierto grado de precisión y que son útiles para la construcción de conocimiento. El taller y la oficina de arquitectura no forman parte de esta matriz conceptual. Su conceptualización es esquiva, encarnándose en distintas figuras –taller, *studio*, oficina, *atelier*, laboratorio, *workshop*– que más que intentar aclarar su identidad, parecieran responder a consensos oportunistas, modelados desde distintas circunstancias profesionales y académicas con el objetivo de dar nombre al espacio genérico en donde trabajan y se forman los arquitectos.

En este contexto, todas las definiciones sobre el taller y la oficina de arquitectura nos pueden parecer sesgadas si consideramos que cada práctica arquitectónica es distinta, que persigue intereses subjetivos y que articula sistemas de trabajo propios y, con esto, singulariza su espacio de trabajo a partir de condiciones únicas. En estas circunstancias, el taller y la oficina de arquitectura se comprenden desde una ambigüedad útil. Podemos visualizarlos como un “lugar” donde ocurren distintas acciones, un espacio físico, un ambiente que permite el trabajo arquitectónico. Así también, el taller y la oficina construyen una cultura, un sistema de relaciones entre “agentes”, sean estos personas, objetos, recursos, datos o herramientas que se activan bajo reglas y convenciones al servicio de un móvil común, y que no podrían trabajar en aislamiento. En última instancia, el taller y la oficina pueden justificarse como medios de “producción” de arquitectura, en tanto persiguen una finalidad traducible en objetos, información, investigación u otra forma de expresión.

El presente número de *Materia Arquitectura* posiciona al taller y a la oficina de arquitectura como fenómenos en estudio, tomando ventaja de su ambigüedad conceptual para huir de cualquier intento de definición, y asumiendo sus complejidades como un reflejo de las constantes –y necesarias– reformulaciones de la práctica arquitectónica. Para esto, el *dossier* plantea tres aproximaciones desde donde examinar al taller y a la oficina: el lugar físico y virtual que los acoge; los agentes que lo componen y sus interacciones; y su dimensión productiva, tanto en la academia como en la profesión. “Lugar, agentes, producción” constituye una tríada en conflicto y dependencia, un prisma desde donde construir discursos críticos sobre la forma en que hacemos, experimentamos, representamos y socializamos el conocimiento arquitectónico y, a través de este, observar el espacio desde donde surgen estas acciones.

La paradoja del taller y la oficina consiste en que, siendo instituciones omnipresentes de la práctica y la enseñanza de la arquitectura, su importancia intelectual está relegada a un segundo plano. Sin embargo, «el taller es fundamental en la tradición disciplinar de la arquitectura» –como argumenta Emmanuel Petit–. El conocimiento de la arquitectura surge allí, dando forma a un espacio de trabajo creativo que puede ser llevado a otros campos del conocimiento. Esto se ejemplifica en los espacios de *coworking* que surgen a partir del modelo del taller o la oficina de arquitectos –como explica Gonzalo Carrasco– y se difunden comercialmente como espacios atractivos para el trabajo creativo. Esto no es gratuito: los espacios de trabajo de los arquitectos son, de por sí, proyectos ideológicos –como señala Esteban Salcedo–, objetos arquitectónicos que asumen una postura crítica sobre la producción profesional –incluso respecto de un modelo de mercado, como argumenta José Sánchez– y que pueden materializarse en salas de trabajo, galerías de exposición o –como expone Tamao Hashimoto– desplegarse intermitente y estratégicamente en la ciudad.

Más allá de su condición objetual, el taller y la oficina de arquitectura se representan en la interacción de sus agentes, ya sea por medio del diálogo que explicita las ideas de estos –como lo expresan Ernesto Silva y Rayna Razmilic en su texto elaborado a partir de la edición de entrevistas–, develando las imperfecciones, negociaciones y colaboraciones del trabajo proyectual –como se evidencia en la conversación con Amale Andraos y Dan Wood–, o ilustrando en imágenes las acciones, accidentes y malas prácticas que allí ocurren –como lo visibiliza Michelle Fornabai en su reportaje gráfico–. En la actualidad, el taller y la oficina de arquitectura –según Esteban de Backer– abrazan la complejidad y la contradicción de los procesos de trabajo arquitectónico, al entenderse muchas veces desde una especie de “pragmatismo creativo”, más allá de la simple eficiencia y la productividad profesional.

Es posible que el taller y la oficina de arquitectura nunca puedan ser capturados en las páginas de una publicación, sino solo referenciados, re-imaginados, reconstruidos, criticados, comentados o expuestos entre líneas. “Lugar, agentes, producción” es una frase que expresa esto, no tiene sujeto, ni verbo, ni complementos, es solo un conjunto de palabras que detonan un imaginario entre los autores y los lectores. 